

ANUARIO
DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA



José Luis Fernández (Oviedo, 1943), *Osamenta*, 2008

ANUARIO
DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMERO I

AÑO LXXXVI

OVIEDO • 2016

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones
manifestadas por sus colaboradores.

COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos y Alberto Carlos Polledo Arias.

EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 2.ª planta

33009 Oviedo. Teléfono 984 281 135. Fax 984 281 136

labalesquida@hotmail.com. www.martesdecampo.com

HORARIO DE OFICINA

De 10,00 a 13,00 horas (lunes a viernes).

ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y LA PORTADA

José Luis Fernández (Oviedo, 1943), *Osamenta* (serie), 2008; bronce, 51 × 51 × 21 cm (cubierta y portada), y Antonina Muñoz López, *Calero, Las horas desandadas, I*, 2014; cincografía en tres colores estampada a sangre, papel, 323 × 340 mm (contracubierta).

COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Ediciones KRK. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo.

www.krkediciones.com

IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300

D. L. AS-970-2016

ÍNDICE

SALUTACIÓN Y EDITORIAL

José Antonio Alonso Menéndez	5
--	---

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2015

Oviedo: percepción emocional

María Teresa Álvarez García	11
---------------------------------------	----

LA BALESQUIDA: HISTORIA Y TRADICIONES

*Noticias del humilladero de Nuestra Señora de La Balesquida
(1618), origen de la desaparecida capilla de Santa Susana*

Javier González Santos	25
----------------------------------	----

ESTUDIOS SOBRE ASTURIAS

*La iglesia de Santa Cruz de Cangas de Onís: análisis de
fuentes históricas para una propuesta de reconstrucción*

Francisco José Borge Cordovilla	65
---	----

*«Qui unc lapidem revolverit...»: la imprecación de una tumba del
siglo X que se defiende*

Miguel Ángel de Blas Cortina	89
--	----

*Una joya perdida del patrimonio cultural asturiano: el retablito
inglés de alabastro del siglo XV de la capilla de Nuestra Señora
del Campo de Castropol*

Emilio Marcos Vallaure	105
----------------------------------	-----

*La protección de la costa asturiana en los años finales del
siglo XV. La mejora de las defensas de sus villas*

María Josefa Sanz Fuentes	125
-------------------------------------	-----

<i>José Francisco Uría y Riego, hijo predilecto de Asturias</i>	
María del Carmen López Villaverde	137
<i>Don Juan Uría Rúa y el Instituto de Estudios Asturianos:</i>	
<i>historia de un desencuentro</i>	
Javier Rodríguez Muñoz.	157
<i>El arte asturiano visto por Fernando Vela</i>	
Celsa Díaz Alonso	201

ESTUDIOS OVETENSES

<i>La Casa de la Pimienta y la calle de Altamirano</i>	
Ernesto Conde	211
<i>Apuntes sobre la mendicidad en Oviedo</i>	
Manuel Gutiérrez Claverol	241
<i>Acerca de la equivalencia Álvaro Mesía / José Sierra</i>	
Antonio Masip Hidalgo	273
<i>Azaña en Oviedo</i>	
Luis Arias Argüelles-Meres	285
<i>Algunas tertulias de Oviedo: desde «La Claraboya» a «Los Puritanos».</i>	
Juan de Lillo	291

LITERATURA Y RELATOS

<i>La verdadera verdad de La Balesquida</i>	
Pepe Monteserín	309

ACTUALIDAD

<i>Triste entorno</i>	
Carmen Ruiz-Tilve Arias	315
<i>Aconfesionalidad, callejero y vecindario</i>	
Leopoldo Tolivar Alas	319

NUESTRA GALERÍA

<i>José Luis Fernández: anatomía de una abstracción</i>	
Luis Feás Costilla	331

ALGUNAS TERTULIAS DE OVIEDO: DESDE
«LA CLARABOYA» A «LOS PURITANOS»

JUAN DE LILLO

Es otra vida con otro ritmo, otros horarios, otras prisas y otros entretenimientos, la televisión, y puede que ya la hora del café no tenga el sagrado valor de hace algunos decenios, cuando muchos ovetenses acudían a la cita diaria de la tertulia, que era como salir al recreo en medio de la jornada de trabajo. Y concluida la tarde, de nuevo el reencuentro en sidrerías y, ya entrada la noche, algunos impenitentes encontraban acomodo en cafés de licor y bailarinas. Eran las horas del ingenio concentrado, activado por la chispa de los asiduos, salpicada de una aguda acidez que dio lugar a un riquísimo anecdotario que aún circula como parte activa del patrimonio íntimo de la ciudad.

Eran los días en que Oviedo había comenzado a romper el viejo círculo urbano crecido en torno a la catedral, el «Grupo de Oviedo» sorprendía al mundo y el nombre del profesor Leopoldo Alas, nuestro *Clarín*, escandalizaba a los ovetenses con su *Regenta* a la que el paso del tiempo convirtió en la novela española del siglo XIX, traducida a los idiomas más hablados por la humanidad. Todavía la calle Cimadevilla, la breve y estrecha «Encimada», era el centro de la ciudad, donde nacía, crecía y se expandía cuanto era capaz de generar la vida social, que era mucho. La literatura del tiempo, y aún la posterior, lo certifican. Dieron mucho de sí aquellos apenas cien metros de calle, y si la calle es la universidad de la vida, corroboró esa realidad Patricio Azcárate, que había sido gobernador civil de Asturias, cuando en

una ocasión fue a visitarlo en Madrid Adolfo Posada, que cuenta la sentencia del ilustre jurista en *Fragmentos de mis memorias*. Cuando le preguntaron por qué había dejado a su hijo Gumersindo que siguiera sus estudios en la Universidad de Oviedo, respondió: «Lo dejo allí para que siga paseando por Cimadevilla, porque a quien haya paseado algún tiempo por Cimadevilla se le puede dejar solo en cualquier parte».

Fue la que paseó el joven periodista Gonzalo Castañón, asesinado más tarde en las emboscadas habaneras de la independencia cubana, que dejó en *El Invierno* la mejor crónica sobre la vida de la calle, como una secuencia fija: «llueva, nieve o haga sol, las personas que buscamos no la abandonarán nunca». Y a una de aquellas habituales se refería Posada: «don Manuel el *holgazán*», bautizado así por su contertulios, comerciantes en su mayoría, del café del Risón. Don Manuel había abandonado su trabajo de *perendenguero* porque se lo permitió su buena boda, «de manera que logró distinguirse en su noble función o tarea de paseante (parado voluntario que diríamos hoy), que no obstante abundar en mi pueblo, hasta con exceso, ese género ambiguo de desocupados, murmuradores sin oficio ni beneficio, acabaron por asignarle a don Manuel ese significativo nombre». Y añadía al caso el amigo de Clarín, Tomás Tuero: «qué heroicidades de holgazanería habría realizado ese don Manuel para que aquí en Oviedo, y ¡en Cimadevilla!, se le llamase así por antonomasia *el holgazán*».

«La Claraboya», en El Español, y las *vedettes* del Café Madrid

Allí mismo, en aquel breve espacio de tan intensa vida social, tomó plaza en el Café Español, «La Claraboya», de larga vida, desde los albores del siglo xx hasta su desaparición 1931. El entonces joven peluquero Arturo Calzón, muy popular con el paso de los años, se incorporó a la tertulia en 1909 y dejó testimonio de los nombres de algunos de los asiduos, nombres que dejaron huella en la vida ovetense en distintas actividades de las artes y las letras: Fernando Señas



1. Paseo por Cimadevilla y el Café Español. Fotografía de Luis Muñiz-Miranda (1892).

Encinas, Víctor Hevia, Eugenio Tamayo, Juan Uría, Valentín Andrés, Antonio Gamoneda, José Antonio Cepeda, José Serrano y los hermanos Torner, entre otros. En ocasiones la tertulia se desplazaba al Café Universal, poco concurrido, donde Eduardo Torner ofrecía a sus integrantes un concierto de piano que era celebrado por los todos los concurrentes.

En la calle de Cimadevilla y en el Café Español, entrada y salida también por la calle Altamirano, en la vecindad de la Botica de Braga que anunciaba la «sidra ferruginosa», se reunía a diario entorno al joven catedrático Melquiades Álvarez y un grupo de inquietos políticos, entre ellos Tomás Tuero, el médico Alfredo Martínez... Y, seguramente allí dio sus primeros pasos el ideario del Partido Reformista, de activa presencia en la vida pública española en el primer tercio del siglo pasado.

En tiempo de la sidra nueva, muchos ovetenses hacían su itinerario por los lagares de la ciudad: Bayón, La Morrina, Cefero, etc., y los contertulios de «La Claraboya» se desplazaban para participar de aquella migración urbana. Contaba Calzón a Luis Arrones en *Hostería del viejo Oviedo*, que el precio de la bebida no dependía de los *culinos* consumidos sino de «la capacidad que cada uno tuviera para contener las ganas de orinar, porque la entrada costaba una *perrona*, y por ese precio se podía beber lo que se quisiera». Pero su reconocida calidad diurética, obligaba a evacuar con cierta frecuencia y «había que hacerlo fuera del local, porque en el interior no había retretes y el regreso suponía el desembolso de otros diez céntimos, y así entraban y salían en cuantas ocasiones lo exigiera el consumo», un curioso ciclo que con el tiempo cayó en desuso.

Otro de los lugares de la concurrencia ovetense era el Café Madrid, de horario nocturno, situado en los bajos de un edificio de notables dimensiones, en la vecindad de la Puerta Nueva, en uno de cuyos pisos superiores vivía la familia de Leopoldo Alas, *Clarín*, aunque, pese a tenerlo tan a mano, nunca lo frecuentó. Él era más del Casino, donde se ejercitaba en el juego del billar, que tantos quebrantos económicos le costó, porque su afición siempre pudo con su falta de habilidades con los tacos y las carambolas. Cuenta Calzón que la tertulia de los médicos se situaba en la proximidad del escenario y entre la clientela figuraba el joven Ramón Pérez de Ayala y su amigo Sebastián Miranda que rememora en sus *Recuerdos y añoranzas* aquellas veladas entre buen humor, humo de cigarros, olor a licores y la música ligera que marcaba al ritmo de las artistas que se exhibían por los escenarios de todos los cafés cantantes de España: La Fornarina, Pastora Imperio, Pepita Sevilla, la Chelito, Anonia Mercé *La Argentinita*...

El Café Madrid, con su espectáculo diario, le había ido robando la clientela al vecino Café París, que se trasladó a la calle Fruela, en la esquina con la de los Pozos, en un edificio de reciente construcción, en la frontera con los solares sobre los que creció el nuevo Oviedo, entorno a la calle de Uría, aquella carretera que unía el cogollo de

la ciudad con la estación del Norte, en la falda del Naranco. Aquella calle de la que decían los pegados a Cimadevilla que tenía mal futuro, porque únicamente serviría para el transporte de mercancías y viajeros para tomar el tren. El Café de París en su nuevo emplazamiento exhibió en su escenario las piernas al aire de las *vedettes* de la época en rivalidad diaria con su antiguo convecino de la calle Campomanes.

En El Café de París tuvo su asiento una de las tertulias más populares de aquellos días, a la que los ovetenses, tan certeros en su apodos, bautizaron como «La Sorbona», «no tanto por sus vuelos intelectuales como por la afición que la mayoría de los contertulios tenía por las libaciones copiosas», cuenta Sebastián Miranda, uno de los asiduos. Había sido fundador don Ramón Ordóñez, quien, a su vez, se reunía con don Sabino Moutas, el marqués de Camposagrado y otros cazadores «en una especie de cueva en los bajos de la iglesia de San Isidoro, donde tenía su taller de ebanista un cazador llamado Severo».

Y sobre la popular «Sorbona» añadió más datos el entonces joven escultor: «otro de los famosos contertulios era don Manuel Pedregal, de la misma edad y del mismo ingenio que don Ramón [Ordóñez], aunque de más agria causticidad, reconcentrado, triste y menos bonachón. De igual modo que a Valle-Inclán y Benavente les colgaban multitud de frases y dichos, a nuestro presidente y a don Manuel les atribuían todos los remoquetes y sátiras que luego corrían por el pueblo como un reguero de pólvora». Y como casi en todas las tertulias acaba habiendo siempre un gordo, «el de nuestra peña, describe Miranda, se llamaba Julio Droga, y era tal su abundancia y blandura de carnes que daba la impresión de que se iba a verter o derramar que le llamaban Julio y la mitad de agosto». Y acudía también un magistrado que estaba casado «con una señora llamada Gala Ponte, muy pomposa y tan alta que, por formar gran contraste con su marido, le pusieron a éste el remoquete de *El bastón de Gala*». Era asiduo también el marqués de Valero de Urría, «verdadero tipo de *gentleman*, siempre medurado y correcto, gran humanista que había traducido *La Iliada*». Y

naturalmente, Ramón Pérez de Ayala, que leyó unos versos dedicado al marqués con motivo de la publicación de uno de sus libros.

Casa Campomanes, el Lhardy ovetense, y la heroica resistencia de «Los Clarisos»

Efectivamente, el joven Sebastián Miranda fue un testigo imprescindible de aquellos años de su juventud, no solamente porque su talento, ingenio y simpatía le abrió las puertas de tertulias y amistades, sino porque dejó escritos sus recuerdos y añoranzas de un tiempo que Oviedo casi ha olvidado, pero del que revive un rico anecdótico con la gracia de buen cronista. Y es él quien recuerda que cuando la calle Uría crecía por sus márgenes, se había establecido allí Casa Campomanes, que permaneció abierta ya avanzada la posguerra, donde se reunían muchos ovetenses en la hora del aperitivo. Recuerda Miranda que «era parecido a Lhardy de Madrid», restaurante de gran solera fundado en 1839 y regentado por asturianos durante decenios, «donde se reunían los amigos más entrañables que tuve en Oviedo: el doctor Clavería, Enrique de la Escosura, Luis Busto, Melquiades, Fresno, gran pianista; Pepito Buylla, Pepe Uría, el pintor, Juan Muñiz Mohías, Gasparón Jovellanos y el marqués de Valero Urrría, del que aseguraban las gentes cuando se murió que el motivo había sido el exceso de alcohol que ingería diariamente, asegurando que para desayunar se bebía una botella de coñac Martel». Su viuda era hija de don José Sierra («hombre de la mejor facha que conocí en mi vida, era el don Álvaro Mesía de *La Regenta*»), de estatura alta y tenía una amiga muy baja «por lo que las apodaban *la sierra y el serrucho*».¹

Una de las polémicas más populares y que imprimió mucha tinta fue el antiguo convento de Santa Clara, que había sido cuartel de la Guardia de Asalto en la anteguerra y posteriormente de la Policía Armada, y cancha donde se disputaron apasionados encuentros de

¹ Sobre este personaje, véase en este mismo número el artículo precedente de ANTONIO MASIP HIDALGO, «Acerca de la equivalencia Álvaro Mesía / José Sierra».



2. El viejo convento de Santa Clara, en obras para la construcción de la nueva Delegación de Hacienda.

baloncesto. Abandonado, destartalado y con una notable población de ratas, se había convertido para los ovetenses en el «Caserón de Santa Clara», situado en el centro de la ciudad, apenas a trescientos metros de La Escandalaria y Uría. Los diarios *Región* y *La Voz de Asturias*, ambos desaparecidos, publicaron algunas notas sobre el estado del edificio, pero fue Alberto Cepeda desde *La Nueva España* quien tronó desde sus páginas contra el monumento ruinoso. Se entrevistó con el alcalde, Valentín Masip, para que instara a Hacienda, propietaria del antiguo convento, para que solventara el problema, pero la respuesta

fue «la colocación de vallas por las calles Alonso Quintanilla y Diecinueve de Julio, para evitar que los peatones circulen por las aceras, medida adoptada en vista de la caída de cascotes que se desprenden del viejo caserón».

La porfía fue dura y larga, y en muchos ámbitos de la ciudad, con el apoyo decidido del diario líder, se pedía su derribo. Y aquel pulso tuvo las primeras noticias de derribo en 1962, cuando José Fernández Buelta dio en *La Nueva España* la noticia de «el inmundo caserón va a ser, ¡al fin!, derruido. En su lugar se construiría la nueva Delegación de Hacienda. Pero el proyecto final contemplaba la conservación de algunas zonas de edificio según el proyecto del arquitecto Álvarez Castela».

Pero la noticia no desalentó a los diecisiete ovetenses que desde hacía muchos años defendían el respeto, con obras necesarias, a la integridad del veterano edificio. Eran los conservacionistas, que contra todo desaliento, se habían enfrentado a los *demolicionistas*, y ante las alarmantes noticias publicaron una carta en la que declaraban que ante «la inminente total o parcial destrucción de Santa Clara, con casi general aplauso de autoridades, prensa y público ovetense, los que suscriben, sin dejar de rehuir toda polémica sobre un asunto, en el que creen sólo deberían intervenir los organismos competentes, desearían hacer notorio su inútil sentimiento ante esta pérdida, a la vez que, como adhesión al vituperado monumento, se declaran públicamente *clarisos*»... Y a continuación aparecían los nombres de los firmantes: M. Álvarez-Buylla, M. Cueto Guisasola, J. María Estrada, J. M. Fernández *Pajares*, A. del Fresno, J. M. González, P. González Sandonís, J. Manzanares, E. Marcos Vallaure, B. Maside, J. Meana, A. Rodríguez, A. G. Rubín, I. Ruiz de la Peña, E. Tamayo, J. R. Tolivar Faes y Juan Uría Ríu.

La popular y polémica tertulia de «Los clarisos» se reunía a diario en Casa Noriega, bar-restaurante situado en los bajos del palacio de Valdecarzana, hoy sede del Colegio de Abogados y antiguo Casino de la ciudad. Tras la reforma del edificio tal como la conocemos, los de-



3. Algunos «Clarisos» reunidos en Casa Noriega. De frente, José María Fernández Pajares.

fensores de Santa Clara siguieron lamentando el «despropósito» hasta su extinción por fallecimiento de la mayoría de sus integrantes.

«Los Puritanos», en El Peñalba. «El Lavadero» y «La Influyente», en el popular Paredes

La música fue siempre uno de los acontecimientos culturales que unió a los ovetenses, más allá de su origen y su posición social. Por el teatro de El Fontán pasaron en el siglo XIX cantantes eminentes y músicos eximios, como el tenor Enrico Tamberlik, Emma Nevada y el violinista Pablo Sarasate. Y ya en el XX, los ovetenses oyeron en El Campoamor a Falla, Ravel, Rachmaninov, Bela Bartok, Casals, Rubinstein... en inolvidables conciertos, y a Victoria de los Ángeles,



4. Algunos «Puritanos» en El Peñalba.

Renata Scotto, Renata Tabaldi, Gianni Raimoni, Mario Del Mónaco, Alfredo Kraus, Piero Capuccilli, Plácido Domingo, José Carreras, Montserrat Caballé, Luciano Pavarotti y una nómina interminable, que no solamente cantaron sino que la mayoría de ellos entraron con excelente pie en la familia musical ovetense e hicieron grandes amigos entre ellos. Esa tradición se mantiene y probablemente no exista en España una ciudad de las dimensiones de la nuestra donde haya una temporada de Ópera, otra de Zarzuela, dos orquestas sinfónicas, grupos de cámara y varios conciertos a la semana durante la temporada.

Oviedo ama la música y los ovetenses viven con pasión los acontecimientos musicales y, en consecuencia, tienen desarrollado, paralelamente, un agudo sentido de la crítica. Y precisamente de una moción crítica a un empresario de la ópera, Fabio Ronchi, nacieron «Los Pu-

ritanos» en el entrañable y desaparecido (en 1962) Café Peñalba, una cita imprescindible para de la sociedad ovetense. Muchos amantes de la ópera rechazaron reiteradamente la programación presentada por el italiano desde la reinauguración del Teatro Campoamor en 1948, y fueron los integrantes de la tertulia quienes decidieron publicar una carta al diario *Región*, que firmaron Ignacio Álvarez-Buylla y Valentín Masip como «Los Puritanos», apelativo que se perpetuó hasta su extinción. Y aquella carta titulada «Epístola moral a Fabio» provocó el efecto deseado y el empresario emprendió el regreso definitivo a Italia.

En un libro de bolsillo que Arturo Álvarez-Buylla Corujo publicó en 1997 titulado *Ópera, 20 títulos del personaje de la Temporada*, ofreció la nómina de aquellos primeros «Puritanos», durante decenios referencia crítica de las temporadas ovetenses. Fueron los pioneros: Plácido Álvarez-Buylla, Manuel Mairlot, Joaquín González, Manuel Santullano, Arturo Álvarez-Buylla Acevedo, José Riera, Vicente Galindo, Roberto Velázquez, Antonio Fernández-Cid (crítico de *ABC*), José Mayo, Valentín Álvarez-Buylla, Valentín Masip, Leopoldo Arnáiz Barón, Pedro Rodríguez Arango..., a los que en sucesivas oleadas se fueron integrando nuevos contertulios. Y tras el cierre del Peñalba, la tertulia emigró al Café Rialto y finalmente recaló en Yuppi, en la calle Diecinueve de Julio... En la incorporación sucesiva se unieron a «Los Puritanos» nombres conocidos de ovetenses, la mayoría de los cuales ya han desaparecido, pero que dieron continuidad y vida al espíritu de los pioneros: Joaquín Orejas, Juan y Emilio R. Vigil, Jesús Villa Pastur, Evaristo y Fefi Arregui, Eduardo Gota, Juan de Lillo, Ricardo Pedreira, Juan Benito Argüelles, Manuel Abad, Fructuoso Miaja, Genaro Ulibarri, José María del Viso, José María Velasco, Alfonso Botas, Aquiles García Tuero, José Ángel Botas, Daniel Velasco, Emilio Luque, Jaime Álvarez-Buylla, Marcelino Somohano, Benito Collera, Ángel Villanueva, Miguel Álvarez Buylla Menéndez, Julio Fonseca, Arturo Álvarez-Buylla Curujo, Juan Maillo y una abundante lista cuyos nombres merecen un recuerdo.



5. José Maldonado con algunos miembros de la tertulia de «Los Puritanos» en la terraza del Centro Asturiano.

La tertulia incorporó de la mano de Juan Benito Argüelles, tras su regreso a Asturias, al último presidente de la República en el exilio, don José Maldonado, que fue acogido con cariño y respeto, y todos disfrutamos de su compañía, de su afecto, manifestado en numerosas ocasiones, de su conversación prudente y llena de experiencia. Por unanimidad fue nombrado presidente de honor y él mostró siempre agradecimiento por la buena acogida en el grupo y participó de los almuerzos itinerantes por conocidos restaurantes de la ciudad. La tertulia creó los Premios de la Temporada de Ópera que recibieron aficionados, como Severo Ochoa y entre los cantantes Alfredo Kraus...

Frente al Teatro Campoamor estuvo durante años el Bar Paredes, una de las cafeterías más populares no solamente en Oviedo sino en Asturias, porque era lugar de cita de contertulios y apeadero para viajeros que llegaban de tren a tren para despachar trámites oficiales, negocios personales o, simplemente, que escapaban de la rutina de su



6. «La Influyente», en El Paredes.

pueblo para encontrarse con sus amigos capitalinos. El Paredes fue un histórico. En el fondo del local, casi como un reservado, tomaban asiento los integrantes de «La Influyente», una tertulia de seguidores acérrimos del Real Oviedo, y algunos de ellos directivos en diferentes ocasiones, a la que acudían en ocasiones los entrenadores que llegaban al club: Sabino Barinaga, Eduardo Toba, Abel Picavea, etc. Se había ganado el nombre a pulso, porque se decía entre los aficionados que intervenían con frecuencia y, a veces, de manera decisiva en los acuerdos de la Directiva y en las alineaciones del equipo. Nunca se pudo demostrar lo contrario.

Eran asiduos Ignacio Álvarez-Buylla, Félix Serrano, los hermanos Luis, Pedro y Macario Obejero, Enrique Rubio, Juan Lorenzo, Pepe Serrano, Miguel Álvarez-Buylla, Paco Valdés, Manolo San Román, José María Velasco, Nicolás Serrano... En la primavera, cuando se instalaba la terraza ante la fachada, estos tertulianos tomaban asien-

to exterior y era ese el tiempo en que los ovetenses le llamaban «El lavadero», porque pocos de cuantos transitaban por la plaza ante su mirada, se libraban de la crítica socarrona, incluso su análisis burlón llegaba a no pocos de los ausentes.

Otras tertulias concurridas tuvieron acogida en los bares y cafeterías Alvausto, La Mallorquina, Arrieta, Sevilla, La Perla, Tropical, La Paloma, el Riesgo, el Cervantes, el Alfonso, el Bar Azul, El Manantial, Casa Avelino, *el Escopetu*, y Casa Manolo, ambos cita de muchos cazadores de la zona... Y sin que nadie de la época pueda olvidar el popularísimo Suizo, coche escoba de todas las nocturnidades de la ciudad.